Spagnolo

1° GIORNO

Giornata Studi

ottobre 2026

in presenza e on-line

ore 16.00 Roma/Ita



IL ROGATE OGGI... E DOMANI. ATTUALITÀ E PROFEZIA DI UN CARISMA



27

MARTEDÌ | P. Adamo Calò, RCJ

La Congregazione dei Rogazionisti di fronte alle sfide del Rogate in una prospettiva mondiale.

Casa Generalicia de los Rogacionistas
Roma. Via Tuscolana 167
Jornada de estudio
27 de octubre de 2026

LA CONGREGACIÓN DE LOS ROGAACIONISTAS ANTE LOS DESAFÍOS DEL ROGATE EN UNA PERSPECTIVA MUNDIAL

**El texto fue traducido utilizando IA.*

CONFERENCIA ADAMO CALO' RCJ

Un debate que se propone proyectos que se puedan concretar.

Cada vez que me piden hablar sobre un tema específico, me hago varias preguntas que creo que son las mismas que tienen los organizadores del encuentro: ¿cuáles son las motivaciones del encuentro?, ¿cuáles son las expectativas y los objetivos?, ¿qué experiencias se quieren compartir y evaluar?, ¿qué orientaciones se podrían proponer?, ¿qué iniciativas se podrían llevar a cabo posteriormente?; y, basándome en las respuestas que logro darme, estructuro mi reflexión, que al abordar los diversos temas no oculta interrogantes ni provocaciones.

El nuestro, hoy, es propiamente un encuentro de estudio, pero también puede considerarse un momento de reflexión, de intercambio de experiencias, tal vez de revisión, tal vez de planificación, y debería poder suscitar entre nosotros un debate que vaya más allá de la experiencia de esta jornada específica y que, en cambio, se proponga la planificación de proyectos que puedan concretarse.

Soluciones concretas, y no solo estudio y análisis de problemas, porque no es concebible un futuro que probablemente no existirá si hoy falta el compromiso concreto en determinados ámbitos apostólicos.

Estas reuniones, si se organizaran periódicamente, podrían convertirse en ocasiones privilegiadas si tan solo lograran mantener vivo el compromiso con la misión específica rogacionista en la Iglesia de hoy y en todas las regiones del mundo, valorizando nuestras experiencias y tradiciones, con una mirada más atenta a nuestro propio territorio y a las exigencias cambiantes y siempre en evolución de los tiempos.

La presente reflexión, por lo tanto, en un intento por ofrecer puntos de partida para reflexiones o discusiones posteriores y más completas, tratará de proponer, de manera bastante aproximada, temas apostólicos que expliquen y completen la interpretación del carisma rogacionista, así como problemáticas actuales relacionadas con las vivencias de nosotros, los Rogacionistas, y de otras congregaciones religiosas y comunidades locales, al llevar a cabo y dar testimonio de este servicio apostólico específico en la Iglesia y en la sociedad, a partir de la propia experiencia personal de nuestro Fundador y, posteriormente, de la experiencia institucional de la Congregación hasta nuestros días.

Un carisma que se adapta a la cultura contemporánea

El tema que se me ha encomendado, que se presenta complejo y al mismo tiempo actual, desde el punto de vista del interés que hoy se le da a los temas religiosos y pastorales, demuestra también la

vitalidad y la continuidad de las obras apostólicas de nuestra Congregación religiosa y de las diversas Congregaciones presentes en la Iglesia universal que viven y transmiten su carisma específico en sus diversas tipos de apostolado que llevan a cabo.

No es una tarea fácil, si tomamos en cuenta el proceso de transformación cultural que se está dando en el ámbito civil y al interior de nuestras instituciones religiosas; los aspectos normativos en constante cambio y las lógicas de gestión; pero también si consideramos otras problemáticas, entre las que destaca la disminución del personal religioso disponible en muchas comunidades religiosas, lo que limita nuestros proyectos de fortalecimiento en todos los sectores apostólicos; la autonomía de gestión de cada religioso al desempeñar un determinado cargo o tarea apostólica que se le ha confiado; la conciencia de tener que enfrentar cada día , nuevos desafíos de resultado siempre impredecible, debido también a la desconfianza actual que se ha extendido entre la gente común al leer noticias que acusan a sacerdotes y religiosos de conductas ambiguas o incluso criminales en sus relaciones educativas o en el ministerio que desempeñan.

Nuestra misión educativa particular en la Iglesia y en la sociedad de hoy

Nuestra familia religiosa, sin excluir a muchas otras congregaciones religiosas, está llamada en este momento a un discernimiento institucional para poder comprender si aún es capaz de decir sí a los valores y proyectos apostólicos modernos, en el ámbito educativo, en el servicio a los pobres de hoy, en la promoción vocacional y en el aspecto misionero, con la convicción de que estos compromisos específicos deben ser llevados adelante por personas que los perciban como su misión personal y comunitaria, sobre la base de la fidelidad a su propio Fundador.

En un sentido amplio, partiendo de una idea de testimonio y coherencia de vida de personas y adultos que se sienten realizados, la nuestra es —o al menos podríamos definirla— sobre todo una misión educativa, ya que se dirige a cada persona, para un servicio de promoción humana en su integralidad, ayudándola, a nivel cultural, religioso y profesional, a reapropiarse de su propia dignidad humana, redescubriendo la dimensión vocacional de su vida, viviéndola como una misión entre los demás, de acuerdo con un proyecto divino para cada uno de nosotros, con espíritu de complementariedad y ayuda mutua.

La fe, la visión religiosa de la vida y la vocación no pueden entenderse como algo que se superpone a la experiencia humana, sino como una referencia continua y sustancial para la realización de la persona, como interpretación y visión de la existencia humana.

Una primera tarea dentro de un proyecto apostólico rogacionista será la de elaborar y proponer una cultura vocacional, en consonancia con una visión antropológica cristiana, en la que la persona tome conciencia y acepte su singularidad, y la convierta en un don al entregarse a los demás.

Nuestro compromiso en cualquier ámbito sigue siendo una obra de evangelización. Consiste en proponer a los demás que nuestra experiencia de vida, los valores religiosos y humanos que hemos elegido como base de nuestra experiencia, pueden convertirse en un regalo para los demás, a través del compartir y la cercanía, y pueden dar un nuevo sentido también a su propia experiencia de vida.

El compromiso de proyectar un futuro de nuestra presencia en la Iglesia

Hay aspectos de nuestro apostolado específico rogacionista, como por ejemplo el compromiso educativo, que en nuestros días se vuelven cada vez más onerosos, en todos los aspectos, y que ya no parecen recibir, incluso dentro de nuestra propia comunidad, la atención que merecen.

El redescubrimiento del laicado y el empleo de profesionales laicos, considerado ya por todos como un paso obligatorio —más allá de las motivaciones positivas que todos compartimos—, corre sin embargo el riesgo de desencadenar, dentro de nuestra institución y de otras instituciones religiosas, una relación meramente contractual, una delegación provisional para evitar el cierre de actividades que no tendrían otra posibilidad de ser administradas y mantenidas a largo plazo.

Nuestro futuro en algunos sectores específicos, como el de la educación y la atención a los menores —que en el pasado nos distinguió y nos dio reconocimiento en la Iglesia y en la sociedad civil—, pero también en otros ámbitos apostólicos que desarrollamos, como la promoción vocacional o la difusión de nuestro carisma a nivel editorial, dependerá de nuestra capacidad de sentirnos involucrados, tanto personalmente como institucionalmente, en los desafíos actuales, y de nuestra habilidad para crear nuevos ámbitos y formas de servicio, con originalidad y sentido de la responsabilidad, tal como lo hicieron San Aníbal María y tantos otros fundadores al inicio de su experiencia, respetando su carisma particular y reconocido.

Para ello, será necesario estudiar y reflexionar sobre el testimonio y la laboriosidad de San Aníbal María Di Francia, y preguntarnos hasta el día de hoy qué sugerencias aún nos puede brindar nuestro santo Fundador, a fin de poder tomar decisiones de continuidad, siempre atentos a transformar con creatividad y valentía la misión carismática inicial en una misión actual y contextualizada, que pueda brindar respuestas adecuadas a los desafíos y las demandas de la sociedad actual en las diversas zonas geográficas.

No solo ha cambiado el el entorno social, la noción de necesidades ni las situaciones familiares, si se comparan con la época del Fundador. En aquel entonces, la pobreza y la falta de educación eran los problemas más considerados y determinantes, y se percibía y se tomaba en cuenta la intervención privada de instituciones y asociaciones religiosas y laicas, y la caridad privada suplía la ausencia o las omisiones del Estado civil.

Organizar momentos de planificación y de evaluación periódica

En nuestros días, la pobreza se identifica cada vez más con el ámbito de las dificultades sociales y familiares; se han perdido las relaciones y la transmisión de valores entre generaciones; ha cambiado la atención del Estado civil, tal vez cada vez menos atento y poco involucrado en atender y resolver los problemas familiares y juveniles. Y ha cambiado la presencia de particulares, instituciones religiosas o laicas, cooperativas, asociaciones, movimientos y patrocinios, que prevén y requieren un sistema de trabajo en red y de colaboración sectorial.

Esta interpretación que hacemos de la problemática actual, aunque se refiere a la institución en general, tal vez adolezca de una visión limitada a las experiencias occidentales y, sobre todo, italianas.

No subestimo la importancia de una lectura histórica de las obras específicas de educación y asistencia realizadas por los Rogacionistas y las Hermanas Hijas del Divino Celo en la realidad social, cultural y territorial en la que hoy se encuentran operando.

Hasta la fecha se ofrece una contribución sin duda significativa en el ámbito educativo y de la solidaridad social, que incide positivamente en el tejido social circundante, aunque han aumentado las dificultades en diversos sectores que exigen profesionalismo y competencias cada vez más complejas.

Es importante organizar, dentro de nuestra institución y de las propias comunidades locales, momentos de planificación y de evaluación periódica, y promover un análisis a fondo sobre el

desarrollo de las actividades apostólicas realizadas, en cualquier ámbito —ya sea en el ámbito estrictamente educativo y asistencial o a nivel ministerial—, sobre las metodologías aplicadas, sobre qué impacto y qué eficacia tienen en las personas involucradas, sobre qué tan conocida es y si aún se requiere la presencia de algunas de nuestras comunidades locales en el territorio, recordando siempre, sin embargo, que somos, ante todo, religiosos y sacerdotes, y no solo trabajadores sociales.

Se debería estudiar la posibilidad de iniciar otras posibles actividades apostólicas diversificadas en el ámbito pastoral y educativo, como respuesta de una comunidad religiosa a las solicitudes y emergencias del territorio y de la Iglesia local, en consonancia con el carisma, a nivel de planificación y programación, en la promoción de una cultura específicamente vocacional, con la solicitud de participación y colaboración de laicos competentes en este sector específico, quienes podrán ayudarnos a hacernos cargo, sobre todo, de iniciativas y actividades administrativas o profesionales.

Una lectura histórica de nuestra institución, nuestro compromiso en diversos ámbitos y las actividades específicas de apostolado realizadas en el pasado, pueden ayudarnos a comprender y replantearnos las motivaciones de determinadas decisiones operativas u orientaciones, pero no aseguran automáticamente un futuro prometedor, conscientes como estamos de que todo lo que sirvió para hacer floreciente y glorioso nuestro pasado, no necesariamente será adecuado y favorable para planificar y relanzar nuestro futuro en Iglesia y en la sociedad.

San Aníbal María Di Francia, modelo de nuestra experiencia de vida

En esta reflexión sobre los desafíos del Rogate desde una perspectiva mundial, no podemos dejar de tomar en cuenta la figura del padre fundador Aníbal Di Francia y su experiencia de vida, transcurrida en gran parte entre los pobres y los niños. Hablamos de un hombre y de un sacerdote a quien hemos elegido como modelo de nuestra experiencia de vida religiosa y ministerial. No se trata solo de posiciones ideológicas o culturales, sobre las cuales siempre podremos discutir, sino de una experiencia de vida con la que moldearnos y compararnos.

De hecho, más que seguidores de una idea, somos herederos espirituales e imitadores de un hombre que vivió, hizo realidad y dio testimonio, con coherencia y en medio de mil dificultades, de su propia vocación cristiana y sacerdotal, dando respuestas originales y adecuadas a las urgencias educativas y pastorales de su tiempo.

La figura de Di Francia merece hoy una atención especial en la vida de la Iglesia y podrá guiar nuestra reflexión sobre algunos aspectos y desafíos actuales relacionados sobre todo con la problemática vocacional, que se ha convertido casi en una emergencia de vocaciones sacerdotales y religiosas en algunos países; y tal vez, sobre todo, con el tema de la oración por las vocaciones, ya que, más allá de su testimonio de vida cristiana y sacerdotal, vivida de manera heroica, San Aníbal María puede tener un valor propio en el ámbito vocacional aún hoy, en la formulación cultural y apostólica de posibles proyectos pastorales.

Al repasar su experiencia iniciada en el barrio de Avignon, volviendo así a las raíces de su experiencia y de la nuestra, aprendemos a ser fieles y creativos al mismo tiempo. Es él quien nos indica las disposiciones para seguir adelante y actuar con fidelidad creativa. Se necesitan audacia, libertad evangélica, serenidad, ascetismo, perseverancia, el dinamismo, la coherencia, la oración y la docilidad, así como mucha atención y amor al prójimo.

Las dificultades al inicio de su experiencia y las esperanzas que sustentaban sus obras

Es el propio Aníbal María Di Francia quien describe la historia de sus vicisitudes iniciales entre los chicos y las chicas en situación de dificultad. Encontramos algunas de sus reflexiones sobre el tema expresadas en un discurso pronunciado en Messina, en agosto de 1906, con motivo de la visita de un comité al orfanato antoniano para niñas. Son reflexiones que pueden servirnos de orientación y sugerencias cuando hoy intentamos planificar y poner en marcha nuevas experiencias de apostolado en diversos ámbitos y territorios.

Así se expresaba: «Siento el deber de someter al sabio criterio de una asamblea tan noble el funcionamiento de mi instituto. Los objetivos a los que aspira, las personas que lo integran, los medios con los que se sustenta, los ingresos y los resultados que conforman su gestión interna: mencionaré sus orígenes, las vicisitudes por las que ha pasado, las esperanzas que nos sostienen para su futuro.

"El orfanato que aquí ven, compuesto por estas niñas de diferentes edades, es una rama de esa Pía Obra de caridad que emprendí hace más de veinticinco años, allá en aquel local pobre y miserable que se llama: Case Avignone. Allí acogí a las primeras niñas de esos barrios marginales, y allí, durante más de diez años, se forjó la educación y el éxito de muchas huérfanas.

"Desde ese día, todos mis esfuerzos se han centrado en alcanzar ese objetivo, inherente a toda institución educativa que quiera velar por el futuro de sus pupilas: el éxito de las jóvenes. He comprendido profundamente mis obligaciones, mi responsabilidad. Reunir a las niñas para alimentarlas y dejarlas vegetar no es fundar una casa de educación; no es cambiar el destino de la orfandad abandonada ni preparar el futuro para las hijas desamparadas del pueblo.

"Es necesario que la educación regenere y moralice a la joven arrancada de la vagancia; es necesario que la instrucción la capacite para ganarse algún día honestamente el pan de la vida. Esta gravísima tarea de la educación y la instrucción de tantas huérfanas me puso ante otra grave necesidad: la necesidad de conseguir buenas educadoras o de formarlas. Primero traté de conseguirlas; y me dirigí a dos comunidades de monjas en Italia, pues en este asunto de la educación de las jóvenes acogidas en un instituto, no nos engañemos, ninguna maestra privada igualará a una monja, quien ha nacido para ser madre, maestra, amiga y hermana de las jóvenes de cualquier condición. […] ellas (las monjas) comprenden la misión que cumplen: esta es la escuela en la que yo mismo las he educado: la escuela de la caridad y del sacrificio. […]

"Los niños y las niñas deben acostumbrarse al trabajo […] no puede haber educación ni religiosa ni cívica, sin el trabajo. […] Con trabajo incansable y en las industrias más arduas, se han podido obtener los medios para mantener durante tanto tiempo dos numerosos institutos de beneficencia, con los múltiples gastos que antes mencioné: rentas, edificios, mantenimiento y la instalación de oficios y artesanías. […] No, no son limosnas lo que les pido. […] Pido otros favores: su apoyo moral, su benevolencia, su compasiva consideración hacia estas instituciones, la voluntad dispuesta a ayudarlas".

Experiencia y problemática común en otras instituciones dedicadas a la caridad

No era extraño en aquellos años que un sacerdote o una monja tuvieran que defender su actividad educativa y asistencial frente al Estado y a las diversas asociaciones laicas del lugar. De hecho, tras la unificación del Estado italiano, se había introducido una política de control bastante estricta sobre aquellas obras consideradas iniciativas privadas o administradas por conventos, congregaciones religiosas y personas vinculadas a la Iglesia, sobre todo en el ámbito escolar y asistencial. Las situaciones eran similares en todas las regiones de Italia.

He aquí una breve descripción de una escuela de las Hijas de la Caridad Canosianas en Milán, presentada en un informe oficial por una inspectora gubernamental, Paolina Lomazzi, ante las autoridades estatales competentes.

“En estas escuelas se acoge a niñas rechazadas por fragilidad o por cualquier otro motivo por las escuelas municipales, o a niñas indigentes cuyos padres no tienen los medios para proporcionarles los libros y los útiles escolares necesarios, o bien niñas que, debido a alguna desgracia familiar, necesitan ganarse el pan desde temprana edad con el trabajo de costura, o niñas con discapacidad intelectual o afectadas por el raquitismo, las cuales no serían aceptadas en ninguna otra escuela.

“El objetivo supremo de estos institutos es, además del trabajo, la difusión de la religión católica; todas las acciones, los hábitos cotidianos, incluso el saludo de las niñas, todo lleva la huella, la fórmula religiosa; la mirada se encuentra por todas partes en las paredes, en cada rincón, con imágenes de santos y pequeños altares; es sin duda con este fin que las monjas nunca rechazan a ninguna niña, sea cual sea su condición y sean cuales sean sus circunstancias particulares».

Desafíos que enfrentar y problemas que resolver en el barrio de Avignone de Messina

Annibale Di Francia describe así el lugar de su misión: “Existe un rincón remoto de nuestra ciudad, un barrio formado por numerosas chozas, conocido con el nombre de Case Avignone, donde vive una gente indescriptiblemente miserable y abyecta.

“Las más variadas condiciones de pobreza, mezcladas con sus tristes y múltiples consecuencias —la náusea, las enfermedades, la mendicidad, el desánimo, la miseria y todo tipo de privaciones, se concentran allí casi como para formar un espectáculo de horror y compasión.

“Tanta miseria extrema, en medio de una ciudad culta como es Messina, ha conmovido en ocasiones los ánimos, y varios periódicos del país, en distintos momentos, han llamado la atención del público y hasta de este Ayuntamiento sobre el tema. Sin embargo, lo excepcional del caso y las dificultades para remediar una miseria demasiado antigua y enraizada dejaron sin eco todo llamado generoso.

“Un espectáculo de compasión y horror. Durante cuarenta años se había acumulado, en la más extrema miseria y depravación, una multitud de más de doscientos pobres y mendigos, todos viviendo amontonados —hombres y mujeres, grandes y pequeños— en la más absoluta miseria y abandono.

“En este lugar abominable puso un pie el diácono Di Francia. Encontró en la entrada una multitud de esos harapientos, hombres y mujeres, recostados en el suelo, en los umbrales de las chozas […] la misión había comenzado […] el resultado del primer intento debió de dejar esperanzas en el alma del diácono, quien regresó allí a los pocos días [estamos en 1878]”.

En 1882 se inauguró el primer orfanato para niñas y, al año siguiente, el orfanato para niños. Una experiencia educativa que, a lo largo de los años, con las debidas y necesarias modificaciones estructurales y culturales, ha sido llevada adelante por las dos congregaciones religiosas fundadas por San Aníbal María: las Hermanas Hijas del Divino Celo y los Rogacionistas del Corazón de Jesús.

Las motivaciones que subyacen a una elección apostólica en el ámbito educativo

No pretendo tanto describir el desarrollo de las comunidades educativas rogasionistas, los orfanatos y los institutos antonianos, en Italia y en el mundo. Estos han representado, dentro de nuestra institución durante muchos años, el sector apostólico más importante y exigente, y debemos admitir que han constituido y dado al exterior una identidad institucional.

Hoy nos interesa dar respuesta a otras preguntas, antes de adentrarnos en un posible análisis sobre las líneas operativas en el instituto. De hecho, no es secundario preguntarnos por qué San Aníbal María inició las obras caritativas y de asistencia, comprender cuáles fueron sus motivaciones fundamentales al analizar el contexto histórico y personal, con el fin de identificar los elementos que pueden llevar a la institución religiosa a continuar en el mismo sector apostólico.

En un período histórico y un entorno social determinados, un joven aspirante a la vida sacerdotal, con posibilidades de incorporarse a diversos ámbitos apostólicos y de seguir una carrera eclesiástica, entró en contacto con una emergencia social y humana y en ella reconoció el ámbito de su propio apostolado, dando una respuesta cristiana y sacerdotal personal, para acudir en ayuda de niños y jóvenes necesitados que no tenían otras posibilidades para enfrentar la vida.

Para ellos concibió un entorno educativo, estructurándolo según los criterios culturales de la época, pero previendo que continuaría, tal vez incluso reproduciéndose en otros contextos.

¿Cuál era la idea del padre Di Francia sobre el entorno para educar a los niños? Sin duda, debía ser un lugar de acogida, caridad y asistencia, pero no solo eso. El niño llegaba al instituto en situación de necesidad. Necesitaba de todo, tanto en lo físico como en lo espiritual. Por lo tanto, era necesario socorrerlo de manera integral, porque el niño no es un recipiente que se llene de comida, de conocimiento o de oraciones. Debe convertirse en un ser libre, responsable, capaz de decidir por sí mismo y sobre su propio destino. Por eso hay que ayudarlo a crecer (esto es la educación) para responder a ese proyecto, a esa vocación que ha recibido de Dios, hasta alcanzar la plenitud de la edad de Cristo en todas las dimensiones de su persona.

El propósito por el que acogía a los huérfanos no era solo sacarlos de la miseria y el abandono, y tratarlos bien mientras estuvieran con él, sino principalmente integrarlos y hacer que vivieran bien posteriormente en la sociedad, con el fruto de su trabajo.

Estructuras asistenciales y educativas históricas: de los orfanatos a las comunidades educativas y los hogares familiares

Al hablar de educación y estructuras educativas, no podemos dejar de lado algunas reflexiones sobre las transformaciones culturales y estatales —tanto en Occidente como en el contexto italiano— que han dado lugar a una nueva visión del problema educativo y a diferentes soluciones prácticas que han influido y condicionado nuestras experiencias y nuestro propio lenguaje.

El internado era prácticamente la única forma organizativa para ayudar a «los niños necesitados». Las estadísticas sobre la institucionalización de menores muestran cifras en constante aumento hasta principios de la década de los 60 del siglo pasado. A partir de los años 60, comienzan a surgir discursos y prácticas que cuestionan el servicio de asistencia para menores.

Tradicionalmente, durante siglos en Italia, han sido los institutos —fundados y administrados por instituciones religiosas o por corporaciones laicas— los que se han encargado de esta función sustitutiva de criar y educar a los niños sin familia. Se consideraba normal que estos niños crecieran en un instituto y, de hecho, el interés y la caridad de las comunidades cristianas y de muchas personas que podían permitírselo alimentaban con donaciones la vida de los institutos para que pudieran mantenerse y desarrollarse.

De esta manera, a lo largo de los años se constituyeron en toda Italia grandes instituciones de asistencia destinadas a dar acogida a niños huérfanos, expuestos, abandonados o, por diversas

razones, entregados por las familias más pobres y desafortunadas que no podían ofrecer a sus hijos los cuidados materiales y afectivos necesarios.

Aunque se redujeron en sus objetivos y en su número, los institutos siguieron siendo durante mucho tiempo lugares de acogida para los huérfanos y los hijos de padres pobres, emigrados o incapacitados. Y los mismos tribunales de menores (creados en 1934) y los jueces tutelares (creados en 1942) a menudo ordenaron el ingreso de los niños en institutos y hogares de reeducación con fines asistenciales o educativos.

Una provocación cultural: ¿pero la educación de los niños sigue siendo asistencia?

Mi primera reflexión es una pregunta sobre un hecho concreto y sobre una posible salida a nivel terminológico y, sobre todo, pastoral. En nuestra documentación institucional combinamos lo que, en mi opinión, son dos temas y ámbitos diferentes del apostolado rogacionista, presentándolos en un único discurso programático: el compromiso educativo y el servicio específico de asistencia a niños y jóvenes provenientes de situaciones de desamparo, tema este último que podría haberse abordado en el marco de la caridad y las nuevas formas de pobreza. El ámbito educativo, aunque aún hoy se ve condicionado por emergencias y situaciones de desamparo juvenil, no puede definirse ni identificarse con las problemáticas relacionadas.

En más de una ocasión he tratado de darme una respuesta plausible. Quizás nuestra historia y terminología se hayan visto condicionadas por la experiencia personal de San Aníbal María, quien eligió como destinatarios de su proyecto educativo a los niños de un barrio pobre y de mala fama. O tal vez nos condiciona la definición que le damos al término «asistencia», si con ello nos referimos a proporcionar a los jóvenes lo que necesitan para poder aceptar con serenidad y seguir un proyecto educativo: un hogar, salud, alimento, ropa e instrucción.

Probablemente, los dos ámbitos —educación y asistencia— se refieren a una única perspectiva pastoral si, en el contexto de una lectura rogacionista de la problemática educativa, proponemos como solución pastoral a las dificultades y problemas de la vida, tanto de los jóvenes como de los adultos, el redescubrimiento y la reconquista de su propia dignidad humana, como primer y necesario paso para comprender y responder a una vocación individual.

La temática vocacional, que presupone y estimula un camino de promoción humana, puede convertirse en la clave de interpretación de un único y amplio sector del apostolado rogacionista, aquel que se refiere tanto a la educación como a la asistencia y a la promoción específicamente vocacional.

Considero que estas respuestas no son exhaustivas y deben profundizarse. De hecho, me queda la sospecha de que nuestra forma de interpretar la temática educativa como un discurso único que abarca la educación, la asistencia y la promoción humana y cultural, ha sido el factor que, a lo largo de los años, ha condicionado y limitado nuestra experiencia y pastoral educativa, identificándola con ámbitos y estructuras que evocan fórmulas asistenciales, y menos abierta a experiencias educativas alternativas y proyectos pastorales.

La educación hoy es planificación ya no es caridad ni beneficencia

Una primera decisión operativa a nivel cultural y pastoral dentro de nuestra institución religiosa será entender la educación como un ámbito en sí mismo, separado y autónomo respecto al de la caridad y la beneficencia; comprender que el ámbito educativo requiere planificación y no puede identificarse exclusivamente en términos de prevención, asistencia o recuperación de niños y jóvenes.

Promover, de hecho, la dignidad de la persona, garantizar la educación y la formación profesional, y asegurar el empleo son hoy derechos reconocidos, que ya no son fruto ni están condicionados por la caridad y la beneficencia.

Si al hablar de educación y del proyecto educativo rogazionista lo primero que nos viene a la mente son los institutos o las casas de acogida, estamos fuera del contexto educativo porque, de hecho, estamos condicionados o compartimos una interpretación alarmista de una problemática juvenil que siempre ha estado presente en la sociedad, que siempre requiere atención y exige nuevos compromisos y deberes por parte de todos, lo que lleva a las instituciones religiosas y civiles a asumir sus propias responsabilidades.

Al hablar de educación y de temas educativos, condicionados por este escenario de emergencia o de desafío, corremos el riesgo de reducir el tema a una problemática social y de seguridad y eficiencia cívica, y no interpretamos el compromiso educativo como una responsabilidad continua que debe evaluarse dentro de una visión antropológica y una lectura integral de la experiencia humana.

Una relectura y reapropiación del compromiso educativo hoy en día no puede estar motivada únicamente por hacer frente a fenómenos cuestionables de la adolescencia y la juventud, elaborando en consecuencia proyectos educativos provisionales que respondan a emergencias o a demandas problemáticas y cambiantes.

Educar es una responsabilidad adulta innata en el alma humana, cuando con ello se pretende preparar y asegurar a los niños, a los adolescentes y a los jóvenes un futuro y una sociedad a la medida del ser humano, para que puedan ser felices y sentirse realizados a nivel humano y social.

La oportunidad de ofrecer siempre proyectos educativos originales y dignos

Más allá de las múltiples motivaciones que se remiten al carisma y a la tradición, basándose en el testimonio de vida ofrecido por su propio Fundador, hoy en día, una institución religiosa, con fines variados, podrá afirmar la validez de su presencia en la sociedad y en la Iglesia si sabe presentar un proyecto original y digno, abierto a formas pastorales alternativas en el territorio.

Se da por sentado que, en la base de la actividad educativa que llevamos a cabo, siempre ha habido una orientación comprensible y una elección pedagógica, con una metodología de intervención clara y actualizada, así como se ha dado por sentado que el personal involucrado en el sector también se ha esforzado, a lo largo de los años, a actualizarse y renovarse, y que la experiencia de décadas adquirida al atender a los niños pobres y necesitados de ayer pudiera ser garantía de éxito educativo entre los niños de hoy, a menudo difíciles y problemáticos, que ya no viven ni asisten a las estructuras tradicionales que habíamos diseñado para ellos.

En ocasiones, en el pasado —pero es un riesgo que aún persiste— se ha prestado poca atención a la elaboración de un proyecto educativo integral, en el que se especifiquen cuáles son los ideales y los objetivos, el significado religioso de la vida, el proyecto a llevar a cabo. En cambio, se le ha dado mucha importancia a las estructuras, a los elementos técnicos, a la profesionalidad del personal, a la funcionalidad de los locales, a la definición de las metodologías requeridas para la admisión o salida de los jóvenes, y a las relaciones con los profesionales del servicio social.

Y, en ocasiones, esta compleja estructura externa ha tomado la delantera sobre los ideales y las relaciones educativas. Lo que en tiempos pasados se denominaba proyecto, método o sistema educativo, si se elabora y completa a la luz de las exigencias de una pedagogía nueva y más moderna y de nuevas sensibilidades sociales, podrá convertirse en la tarjeta de presentación de nosotros, los

Rogacionistas y las Hermanas Hijas del Divino Celo, para una presencia y acogida positivas entre las diversas experiencias educativas de hoy , en las escuelas, las parroquias, los centros sociales y deportivos, los hogares de acogida y los semiconvitos.

También sería conveniente promover una coordinación entre las diversas comunidades educativas de las Hermanas Hijas del Divino Celo y los Padres Rogacionistas para formular un proyecto compartido, sobre todo porque a veces nos encontramos ante proyectos y criterios pedagógicos provisionales y, con frecuencia, contradictorios, ligados más a la inventiva de operadores individuales que a principios compartidos.

Las nuevas legislaciones no hablan de asistencia sino de los derechos de los menores en su crecimiento

Uno de los retos que enfrentarán las numerosas comunidades religiosas que llevan décadas realizando actividades educativas será el de reevaluar, a la luz de las nuevas exigencias sociales y eclesiales, su misión educativa, tomar conciencia de las dificultades e incertidumbres culturales y prácticas actuales, y estudiar, identificar, elegir y promover nuevos itinerarios educativos que se formulen en proyectos y se verifiquen en el día a día, valorando las numerosas experiencias y tradiciones, con una mirada más atenta al territorio y a las exigencias de los tiempos, y volviendo a incorporar en la agenda el tema de los jóvenes y de la vida que deben construir.

Quizás haya llegado el momento en que las dos congregaciones religiosas de las Hijas del Divino Celo y de los Padres Rogacionistas —que comparten el mismo fundador, nacieron por las mismas motivaciones carismáticas en la Iglesia y para el cumplimiento de la misma misión, y están comprometidas ambas en el sector educativo— se reúnan alrededor de una mesa para elaborar líneas programáticas comunes y dar vida a proyectos en el territorio gestionados conjuntamente.

En los últimos años, en nuestros contextos sociales, se ha prestado mayor atención, a nivel de la opinión pública, a los problemas de la infancia, sobre todo en los grupos sociales que se encuentran en situaciones de especial desamparo. Esta toma de conciencia colectiva ha propiciado una mejor legislación en el ámbito civil, basada en los derechos de los menores, para asegurarles una familia en la que se sientan cuidados y sean educados, con el fin de favorecer su crecimiento equilibrado y su integración gradual en la sociedad.

Sin duda, en la época contemporánea se presta mayor interés al niño y a sus problemas, lo cual representa el resultado de una sensibilidad transformada hacia las necesidades específicas de esta delicada etapa de la vida. La orientación positiva y la mejora de las condiciones del menor, fruto del avance general de la sociedad, no están, sin embargo, exentas de ambivalencias e incertidumbres en el comportamiento de las instituciones, en los contenidos de las políticas sociales y en la cultura misma.

Aunque se han identificado y descrito con precisión las necesidades esenciales del sujeto más vulnerable de nuestra sociedad, ha faltado un compromiso efectivo para determinar las vías a través de las cuales hubiera sido posible transformar una realidad social sustancialmente indiferente a los problemas de la niñez. Se ha prestado atención a la elaboración de un estatuto de los derechos de los menores, pero no se ha buscado, con igual tenacidad y perspicacia, verificar si los derechos solemnemente proclamados por el ordenamiento jurídico estaban realmente garantizados en la realidad social.

Nuestro compromiso educativo particular desde una perspectiva vocacional

La educación y la atención a los niños y jóvenes han caracterizado desde sus orígenes la actividad de nuestras Congregaciones de las Hijas del Divino Celo y de los Padres Rogacionistas como parte constitutiva de nuestro carisma.

A la par con las nuevas sensibilidades civiles en el ámbito educativo y las decisiones sociales expresadas en las nuevas normativas que regulan el sector, también en nuestras Congregaciones se ha producido un cambio de perspectiva apostólica, en mi opinión, mucho más importante y determinante, como consecuencia de una lectura diferente del carisma y del apostolado rogacionista y, por lo tanto, de una forma diferente de interpretar, planificar y estructurar la cultura y la pastoral en nuestro seno.

A partir de los años setenta, se prestó mayor atención a la temática y la problemática vocacional, como clave para la interpretación carismática de la misión rogacionista.

Esto motivó, de hecho, un cambio en la práctica —a veces desautorizado a nivel institucional— en los intereses apostólicos de las nuevas generaciones dentro de la Congregación. En el momento en que se decidió a nivel institucional, con valentía e ingenio, basándose en las nuevas sensibilidades de la Iglesia y de la Congregación, reevaluar, apoyar y difundir una cultura vocacional, habría sido oportuno, con la misma prudencia, promover internamente una cultura actualizada de la educación —entendida también como promoción humana y vocacional— para asegurar y mantener vivo el servicio educativo y asistencial entre los menores que realizan los rogacionistas en la Sociedad, a fin de que se convirtiera en un atractivo formativo convincente entre los jóvenes en formación.

El compromiso educativo vivido entre los niños en situación de dificultad sigue siendo un desafío pastoral siempre actual

El compromiso educativo, vivido sobre todo entre los niños y jóvenes en situación de dificultad, como testimonio de nuestro carisma, más allá de los tipos de servicio elegidos en los distintos contextos culturales o sociales, sigue siendo para nosotros, los religiosos, uno de los desafíos pastorales más significativos en la actualidad.

En un artículo mío de 1976, publicado en la revista «Notiziario Rogate», expresaba mis reflexiones sobre lo que estaba sucediendo en la Congregación, planteando también posibles hipótesis de trabajo y evaluaciones: «A nadie que esté siquiera mínimamente “atento” a la vida de la Congregación hoy en día se le puede escapar la lenta transformación que está ocurriendo, tanto en la mentalidad como en las situaciones, y que nos lleva a todos a preferir una nueva “práctica apostólica” en la Congregación. Ha surgido el entusiasmo por el Rogate, entendido sobre todo como una actividad de orientación y vocación para grupos y jóvenes; y, al mismo tiempo, se genera progresivamente una neurosis ilógica al dirigir y, más aún, al juzgar nuestras obras asistenciales; tal vez solo antipatía, favorecida en gran medida por cierta desconfianza hacia el atraso o el carácter provisional de las estructuras y de nuestros métodos educativos aplicados.

“Esta realidad, en la práctica, se refleja, por un lado, en cierto malestar entre muchos de quienes actualmente están comprometidos en nuestros institutos asistenciales, y perciben —quizás sea solo una impresión— que están siendo progresivamente marginados de los intereses principales de la Congregación, casi como si su apostolado actual no tuviera perspectivas a largo plazo en una futura y más actualizada programación de la práctica apostólica rogacionista.

“ Por otro lado —un hecho comprobable por todos—, muchos de los nuevos religiosos que aceptan encarnar y vivir con compromiso y fidelidad la vocación religiosa rogacionista hoy en día, expresan muchas reservas, cuando no protestan, respecto a su “posible asignación a los institutos asistenciales”, mientras que se pronuncian con entusiasmo a favor de un apostolado de animación y promoción vocacional o, en general, del ministerio parroquial. (Adamo Calò. Artículo: De Rogate se puede morir, «Noticiario Rogate», año II, n.º 4 (julio de 1976).

Ahora bien, incluso tras una lectura superficial de la vida del Fundador, se hace evidente que en él la «cuestión» —en los términos que solemos emplear de animación y orientación vocacional, y por otro lado de los orfanatos antonianos— es inexistente, y si queremos considerarla real, deberíamos replantearla en otros términos y contenidos, tales como el entorno de pobreza, la necesidad de buenos obreros y la oración para conseguirlos.

Entre estos existe una relación unitaria que no es casual, como algunos quisieran hacer creer, sino necesaria, en el sentido de que están tan interrelacionados entre sí que no se explicaría en el Padre la presencia de uno sin tener en cuenta el aporte del otro.

Las instituciones de asistencia y las comunidades educativas para menores han sido para nosotros (son, deberían ser) la manifestación local y temporal de nuestro amor hacia los pobres y de nuestra vida entre ellos.

Sin embargo, en mi opinión, sería recomendable retomar este tema en los foros adecuados, adaptarlo y ampliarlo a la problemática juvenil actual, para que el compromiso educativo y el servicio de asistencia a los jóvenes en situación de dificultad se mantengan y valoren, se redescubran y se replanteen en formas nuevas y alternativas en las parroquias, los oratorios, las asociaciones juveniles, las escuelas y las universidades, transformándolo de mera asistencia a un proceso educativo cristiano que los ayude a redescubrir su dignidad como personas llamadas por Dios a vivir su vocación personal.

Solicitud de un Centro de Planificación Educativa permanente para promover una cultura actualizada de la educación

En mi opinión, nuestra institución debería contar con un centro de planificación estable u observatorio educativo, que asuma la tarea de promover una cultura siempre actualizada de la educación y la animación vocacional juvenil, una revisión constante de las metodologías aplicadas en estos ámbitos, y de alentar y favorecer una participación mayor y más activa de profesionales laicos o voluntarios que presten al menos un mínimo de atención a la educación religiosa de los jóvenes que se alojan en las estructuras educativas vinculadas a las comunidades rogacionistas.

También es importante contar con un código deontológico para las comunidades que asumen compromisos educativos, en el que se definan los objetivos de los proyectos, las metodologías, las competencias, las responsabilidades, los criterios y los requisitos profesionales y religiosos que deben tenerse en cuenta al momento de elegir educadores y contratar colaboradores laicos, quienes, en su labor profesional diaria, deben tomar en cuenta y seguir orientaciones que respeten nuestra tradición en el ámbito educativo y de la pastoral juvenil.

Es probable que, detrás de la menor disposición de los jóvenes religiosos rogacionistas a imaginar su vida apostólica como un compromiso a favor de obras educativas y de asistencia, exista un malestar humano originado por la duda de tener que seguir proponiendo, en la sociedad actual, metodologías educativas que no son apreciadas, no aseguran una gratificación humana y apostólica y requieren dotes humanas, profesionales y espirituales particulares.

En algunas comunidades se ha intentado subsanar estas carencias solicitando la colaboración de laicos profesionales del sector. Su profesionalismo no siempre se identifica con la vocación: educar y orientar a los jóvenes, de hecho, más que un compromiso laboral, es un compromiso apostólico a favor de los jóvenes necesitados y se basa en motivaciones religiosas; es un servicio al prójimo por amor a Cristo y sigue siendo un testimonio evangélico.

Será responsabilidad de las comunidades locales salvaguardar, en la medida de lo posible, una presencia —incluso física— de religiosos entre los jóvenes que se alojan en nuestras estructuras educativas y comunidades, entendida como una presencia animadora, basada en los principios de la pedagogía rogacionista y respetándolos, con proyectos educativos de inspiración cristiana, para formar futuros cristianos y ciudadanos honestos, dando más espacio a iniciativas complementarias, tanto culturales como prácticas, dando prioridad al trabajo en red, colaborando con otros organismos presentes en la zona, respetando las orientaciones y las normas estatales vigentes.

Nuevos espacios educativos y formas de intervención en el mundo juvenil actual

Hoy en día, la misión educativa se lleva a cabo de formas adecuadas a los tiempos actuales: en los oratorios, en las escuelas, en los institutos de formación profesional, en centros de recuperación para jóvenes con dificultades y en hogares para madres solteras, pero también en residencias para estudiantes o a través de diversas formas y actividades culturales y deportivas, como el teatro, la música, los campamentos escolares y los clubes deportivos, además de colaborar activamente en las parroquias y en la pastoral juvenil.

Somos conscientes de que la sociedad y la cultura de hoy resultan cada vez más complejas y ambivalentes. Los lenguajes, los modelos y los estilos de vida que se proponen son a menudo contradictorios y ambiguos. Muchos jóvenes y adolescentes ya no logran darle sentido a su vida ni planear un futuro sereno para ella, condicionados por una religiosidad débil, ocasional y provisional, cada vez menos dispuestos a tomar decisiones positivas y duraderas o a confiar en instituciones y adultos poco creíbles porque están alejados de su mundo y de su lenguaje. La familia, la escuela, la Iglesia —instituciones que en el pasado daban por sentada su credibilidad y autoridad— han perdido, de hecho, su papel de orientación educativa.

Por lo tanto, resulta complicado —si no es sobre la base de una relación afectiva y de confianza mutua— hablarle a un chico o a una chica de la libertad como la capacidad de tomar decisiones adecuadas y asumir sus propias responsabilidades, de la disciplina como autocontrol, del compromiso con los estudios, del respeto por el propio cuerpo más allá del sexo y lo físico, de la liberación del deseo de pasarla bien y de las experiencias excesivas con drogas y alcohol, de la atención al propio lenguaje para que no se vuelva vulgar, insolente y descarado, de la solidaridad hacia los demás, especialmente los más débiles y desafortunados, de respeto hacia quienes pertenecen a etnias distintas a la propia o tienen un color de piel diferente, para evitar un racismo encubierto compuesto de epítetos y alusiones; de crecimiento en la fe como visión de vida, estilo de conducta y participación asidua en los sacramentos y en la vida de la comunidad cristiana a la que pertenecen.

Lo que hará crecer a los jóvenes no serán solo técnicas educativas avanzadas y modernas o entornos cómodos en los que alojarse, sino la humanidad de los educadores, el sentido de responsabilidad de los adultos que los cuidan, haciendo de ello el propósito de su profesión y de su vida, hasta verlos lo suficientemente maduros y autónomos. La autoridad del educador y la coherencia de su testimonio ayudarán a los jóvenes a crecer de manera responsable. Ningún contenido, método o estrategia puede sustituir ese requisito.

El aspecto educativo sigue siendo una de las características distintivas del apostolado rogacionista y forma parte de la propia naturaleza del carisma, especialmente cuando este se entiende como un servicio de preparación, descubrimiento, crecimiento y promoción humana y vocacional.

El verdadero desafío actual de los Rogacionistas. Su presencia y aporte cultural en el ámbito educativo

Uno de los compromisos de los Rogacionistas y de las Hijas del Divino Celo, siguiendo el ejemplo de San Aníbal María, sigue siendo el de difundir fuera de su propio entorno, a través de los medios de comunicación, los ideales, las perspectivas, las motivaciones y el desarrollo de las iniciativas apostólicas emprendidas.

Si bien en tiempos del Fundador el objetivo podía parecer el de ampliar el círculo de benefactores en momentos de dificultad económica, hoy debe transformarse en apostolado y convertirse en parte integral de nuestra presencia y actividad apostólica.

San Aníbal María de Francia, con sus intervenciones en la prensa y posteriormente con la publicación de la revista « Dios y el prójimo», se había convertido en una voz de denuncia en su Messina, un punto de referencia y de contrarresto para las decisiones políticas locales en el ámbito de la asistencia y la solidaridad con los pobres.

Hablar implica tener algo que decir. Hablar de la pobreza —entendida como dificultad económica, marginación social y humillación humana—, de las injusticias sociales, de las ambigüedades de algunos programas pastorales y económicos, tanto a nivel local como nacional, de la educación y de la emergencia o el desafío educativo, de la propuesta vocacional, significa crear conciencia, forjar una cultura, generar opiniones, provocar debates y promover reflexiones.

Significa asumir la responsabilidad de llevar a la sociedad civil y eclesial a la conciencia de que hay que encontrar soluciones siempre nuevas para las emergencias actuales, sentirse como la conciencia crítica de la sociedad y ofrecer orientaciones, propuestas y colaboración concreta.

A veces somos testigos y tal vez incluso responsables de una cultura débil, que no atrae, que carece de eficacia y que tiene poca repercusión en el territorio.

Sin embargo, la visibilidad hoy en día puede ser un testimonio religioso cuando se traduce en una propuesta cultural y en proyectos siempre nuevos y alternativos. Será necesaria una disposición comunitaria, una conciencia firme de la propia misión, de su actualidad e importancia, un fuerte sentido de pertenencia para poder dialogar con la gente, sin ocultar nuestra identidad como familia religiosa, sin temor a ser reconocidos o juzgados por lo que hacemos o a parecer diferentes, alternativos a las propuestas culturales de la sociedad italiana y de ciertos sectores de la Iglesia.

Ámbitos culturales y nuevos espacios sociales para un servicio educativo actual

La vida, en nuestros ámbitos culturales, es ante todo un compromiso religioso y moral a favor del propio desarrollo y de los demás. El estudio, la formación cultural y profesional son un servicio al que Dios nos llama, no solo para enfrentar las exigencias de la vida y asumir nuestra responsabilidad social, sino para cumplir, precisamente, la misión confiada a cada uno.

Quizás sea conveniente convencer a los hermanos de que sean más sensibles a los desafíos y las necesidades del territorio, y más dispuestos a acoger y evaluar proyectos y experiencias diversos, incluso provisionales, pero solicitados y urgentes.

Sea cual sea la orientación institucional, por el momento hay que fomentar la investigación y las experiencias, planificar con competencia, promover el diálogo y la discusión sobre los proyectos de una comunidad, favoreciendo, cuando sea posible, una pluralidad de iniciativas en el mismo ámbito y en el mismo territorio, reaccionando ante el desvanecimiento de los intereses, ante el sentimiento de impotencia y ante el refugio en la delegación. Es necesario volver a debatir sobre la educación de los jóvenes, la cultura y la solidaridad social, la orientación vocacional, volviendo a planificar las actividades e invirtiendo en las oportunidades apostólicas que ofrece el territorio.

El agravamiento de algunos fenómenos de gran relevancia social, como las adicciones y las desviaciones juveniles, contribuye a que la necesidad de nuevas formas de intervención por parte de las instituciones religiosas y de nosotros, los Rogacionistas y las Hermanas Hijas del Divino Celo —quienes nacimos con el propósito de ayudar y asegurar a los niños y jóvenes una vida significativa y digna— sea cada vez más amplia y urgente.

La expresión «malestar juvenil», que a menudo utilizamos, constituye una de esas fórmulas de uso común para describir un estado generalizado de malestar presente entre los jóvenes de hoy. Sobre todo, el aumento del malestar adolescente requiere una forma de intervención innovadora y preventiva dirigida a un grupo de edad particularmente crítico.

Los jóvenes piden que no los dejen solos. Por lo tanto, es indispensable formar a educadores y guías espirituales —sacerdotes, religiosos y laicos— capaces de acompañarlos. Es necesario despertar el sentido de responsabilidad y la pasión educativa en diversas figuras de adultos. La formación se lleve a cabo mediante itinerarios, diferenciados por edad y por situaciones existenciales, que sean exigentes y desafiantes, pero que respeten la gradualidad.

La educación como pastoral juvenil y el educador rogacionista como asistente

La pastoral juvenil debe extenderse a los ámbitos de la escuela, la universidad, el trabajo y el tiempo libre, la vida social y el compromiso social. Deberíamos mostrar interés en llevar a cabo una pastoral juvenil que se preocupe por los alejados, por esos muchos jóvenes con los que nunca nos cruzamos durante el día.

La comunidad religiosa debería convertirse en un lugar acogedor para cada joven, un hogar habitable para todos, donde puedan encontrar personas atentas a las preguntas que genera la soledad.

El educador, en la práctica rogacionista, es aquel que está presente y se hace cargo de los jóvenes, comparte con ellos los momentos de juego, de estudio, de descubrimiento de la vida, de las reacciones emocionales, de los sufrimientos personales y de las dificultades. En años pasados, al educador lo llamábamos «asistente» . El término ha perdido su significado original. «Asistir» no significa solo ayudar y socorrer a una persona en dificultad, sino que significa, ante todo, participar, sentirse involucrado en todo lo que sucede.

La asistencia no es un simple medio disciplinario para mantener el orden, la regularidad en los estudios, la moralidad y la buena educación. Es una presencia exigente, agotadora, pero llena de satisfacciones cuando los niños y los jóvenes, amados y reconocidos por lo que son y por su valor individual, responden acogiendo con gratitud lo que reciben de los educadores.

El problema actual de las vocaciones en la Iglesia, es decir, lo que llamamos la crisis de las vocaciones

Permítanme ahora hablarles de un tema en el que he estado reflexionando desde hace tiempo. Es un tema de gran actualidad, y no solo eso, sino de tal naturaleza que nos afecta, como suele decirse, de manera muy personal: se trata de un problema que incide en toda la vida de las congregaciones religiosas y, al mismo tiempo, en la de cada uno de nosotros; es el problema de las vocaciones, o mejor dicho, lo que llamamos la crisis de las vocaciones.

Es un fenómeno que no es nuevo en toda la Iglesia, pero que se ha vuelto mucho más agudo y preocupante en estos últimos años. Es una situación que debemos abordar con gran humildad y sinceridad, con valiente serenidad, sin perdernos en lamentos estériles ni en acusaciones emocionales.

Ante una crisis numérica y tal vez también de testimonio de vida, estamos llamados a reunirnos en oración y pedirle al Señor que nos ayude, en lo que a nosotros respecta, a ver la situación con la máxima objetividad, identificando sus causas y los posibles remedios.

El problema, repito, nos concierne a todos, porque todos tenemos una vocación que no solo debemos salvaguardar y defender, sino, sobre todo, valorizar y hacer fecunda para estos tiempos que vivimos.

La crisis numérica de las vocaciones religiosas y sacerdotales se está dando en toda la Iglesia, con zonas que podríamos llamar de punta y otras que podríamos calificar de privilegiadas.

Nuestro Fundador, San Aníbal María, nos recuerda que: «Todos los fieles deben comprender que la mayor misericordia que Dios tiene con un pueblo es la de enviarle sacerdotes elegidos… Por el contrario, el mayor castigo con el que el Altísimo castiga a los pueblos es cuando los priva de sus ministros, o mejor dicho, de ministros según su corazón…».

Nunca como ahora las palabras del Fundador se revelan proféticas respecto a la actual crisis de las vocaciones. El tema de las vocaciones hoy se vincula, de hecho, inexorablemente con el de la crisis, tal vez no solo numérica.

Asistimos, pues, en las últimas décadas a una disminución numérica de las vocaciones tanto al ministerio ordenado como a la vida consagrada. El número de sacerdotes, en particular, ha registrado un nuevo descenso en los últimos veinte años.

La actual crisis numérica de los sacerdotes y los consagrados se debe a diversos factores que no deben subestimarse

Quizás las causas sean atribuibles a una escasa visibilidad de la vida consagrada, a la creciente presencia de laicos y al clima cultural en la vida social actual que casi nunca se concilia con la afirmación de Dios.

En resumen, en las últimas décadas se han multiplicado los factores que agudizan la crisis. Hay que admitir, como sostienen muchos teólogos de la Iglesia, que los cristianos de hoy están confundidos, perdidos, decepcionados y desorientados.

Quizás la actual crisis numérica también se haya visto alimentada por otros factores. Pensemos en los numerosos escándalos que han sacudido a la Iglesia en los últimos años. La prensa saca a la luz hechos desconcertantes en los que se han visto involucrados numerosos representantes del mundo católico, tanto sacerdotes como miembros de congregaciones religiosas.

Por último, también hay una serie de cambios internos en el ámbito eclesiástico que definen el panorama actual de la cuestión de la vocación. Si en el pasado la vocación indicaba de hecho la figura eclesiástica del sacerdote, del religioso o de la religiosa, desde una perspectiva de «perfección» como adhesión plena y total a la enseñanza evangélica, ya a partir de los años cincuenta del siglo pasado, y luego de manera más marcada a partir del Concilio Vaticano II, el concepto experimentó una expansión progresiva, primero hacia los institutos seculares y luego hacia los bautizados en cuanto tales: « Todos los fieles cristianos, cualquiera que sea su estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (*Lumen gentium* 40).

Si bien desde el punto de vista teológico es correcto recordar la igualdad fundamental de todos los bautizados con respecto a la «perfección» evangélica, también es cierto que una pluralidad de «vocaciones» , todas ellas auténtico seguimiento del Señor, viene a multiplicar el abanico de opciones posibles.

Orar por las vocaciones hoy significa invocar al Espíritu Santo para que cada persona pueda descubrir y acoger su propio proyecto de vida según el designio de Dios, sin limitarse únicamente al sacerdocio o a la vida consagrada, sino abarcando toda forma de respuesta al amor y al Evangelio.

Orar por las vocaciones un mandato explícito de Jesús

Decía el cardenal Martini, obispo de Milán*: Preguntarse «¿Por qué orar por las vocaciones?» puede parecer, a primera vista, superfluo, o incluso que la respuesta sea obvia, tan explícito es el «mandato» de Jesús: «Oren al Señor de la mies para que envíe obreros a su mies», y tan urgente es la necesidad, en casi toda la Iglesia, de nuevas vocaciones.*

"Este es el sentido de 'oren al Señor de la mies'. Oren, es decir, pidan, deseen; y al pedir y desear, confíen, dispónganse. Esto es lo que se nos pide a todos. No a todos se les pide que respondan a misiones especiales, pero a todos nosotros, si tenemos responsabilidades hacia la Iglesia, se nos pide que oremos con este sentido de disponibilidad…

" En la comunidad cristiana, la oración —y específicamente la oración por las vocaciones— se está configurando cada vez más como una oración de agradecimiento, *porque Dios no pierde su confianza en el hombre y siempre llama; como* una oración de invocación *al Espíritu Santo, que nos permite reconocer los dones de Dios y nuestra responsabilidad personal en la Iglesia y en la humanidad; como* una oración de petición, *para pedirle explícitamente al Señor nuevas llamadas y respuestas generosas».*

" Este es el sentido de «oren al Señor de la mies». Oren, es decir, pidan, deseen; y al pedir y desear, confíen, dispónganse. Esto es lo que se nos pide a todos. No a todos se nos pide que respondamos a misiones especiales, pero a todos nosotros, si tenemos responsabilidades hacia la Iglesia, se nos pide que oremos con este sentido de disponibilidad… Y tendremos que llegar a decir: 'Señor, si quieres, llámame'. Es un paso difícil, pero, sin embargo, es un paso para el cual esta oración nos dispone. Considero que es una formación para dar este paso…»

La oración es, por lo tanto, para la persona, una "llamada de Dios" en acción y el "comienzo de una respuesta" por parte del hombre: un verdadero itinerario vocacional".

Promover una cultura vocacional para reencontrar el vínculo entre la fe y las preguntas sobre el sentido de la vida

Vivimos una etapa de fuerte secularización, pero sin duda a menudo nos preguntamos cuál es nuestra vocación personal. Quizás muchos hayamos perdido el sentido de lo sagrado, pero siempre estamos buscando saber a qué nos ha llamado Dios. Muchos jóvenes participan cada vez menos en las celebraciones religiosas, pero están en busca de un sentido de espiritualidad. En un contexto de fuerte crisis como el actual, la Iglesia y las parroquias en particular pueden convertirse en un terreno fértil —y, en la mayoría de los casos, único— para el redescubrimiento de la fe y de la elección vocacional, sobre todo para los jóvenes.

La dimensión vocacional de la vida acompaña toda la existencia y atraviesa toda la pastoral. Arraigada en el don de la vida y en el bautismo, la llamada de Dios se expresa en las diversas vocaciones, entre ellas el matrimonio, la vida consagrada y el ministerio ordenado. El cuidado de las vocaciones es, por lo tanto, una responsabilidad de toda la comunidad cristiana.

Quizás la crisis vocacional de hoy parezca ligada a una crisis cultural más profunda, en la que la palabra «vocación» corre el riesgo de dejar de tener sentido en la vida de las personas y de no tener ya sentido en la vida cotidiana. Cabe destacar la necesidad de promover una cultura vocacional capaz de recuperar el vínculo entre la fe y las preguntas sobre el sentido de la vida, sobre la libertad y sobre el futuro.

Persiste el sueño de una Iglesia que no tenga miedo de hablar abiertamente de la vocación y de una comunidad eclesial unida en la oración por las vocaciones.

San Juan Pablo II invitaba a «*reproponer con valentía la iniciativa, la inventiva y la santidad de los fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy*».

Pero para hacer esto se necesita una vida consagrada abierta e ingeniosa. A menudo, el encanto del pasado nos impide pensar de manera nueva y creativa. Evitando inventarnos ejercicios de supervivencia. Ciertas comunidades e institutos creen que están haciendo cosas nuevas y que son originales al reciclar viejas costumbres.

En la catequesis de hoy será necesario redefinir el sentido de ser obreros de la mies

La oración por las vocaciones desde una perspectiva mundial representa un pilar fundamental para la Iglesia Católica, ya que amplía el horizonte desde la necesidad local (la propia parroquia o diócesis) hacia la misión universal.

Orar desde esta perspectiva significa reconocer que cada vocación es un don para el mundo entero y responde al mandato de Jesús: *«La mies es mucha, pero los obreros son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies»* (Lc 10,2).

El mandato del *Rogate*, basado en el mandato evangélico de Jesús, no se entiende como una simple devoción, sino como una perspectiva global y operativa articulada en torno a desafíos bien precisos.

En el contexto contemporáneo, en la catequesis de hoy, también será necesario redefinir el sentido de «obreros de la mies». La oración y la acción por las vocaciones ya no se limitan únicamente a la búsqueda de sacerdotes o religiosos. Requieren ampliar los horizontes. En una perspectiva mundial, la participación de los laicos es clave para que el carisma del Rogate penetre en las estructuras seculares de la sociedad, la política y el trabajo.

En la Iglesia de hoy, la mies necesita «buenos obreros» en todos los sectores de la sociedad. Nuestra Congregación, a la luz de estos nuevos horizontes pastorales, propone cada vez más una «Familia del Rogate», que incluye asociaciones laicas, familias y profesionales llamados a vivir el Rogate en los ámbitos laborales, políticos y educativos.

La promoción vocacional significa hoy hablar a todos los creyentes sobre sus elecciones de vida entendidas como servicio, solidaridad y responsabilidad social.

Quizás en tiempos de San Aníbal María, la oración por las vocaciones estaba estrechamente ligada a la ayuda a los más pobres y a los huérfanos en el barrio de Avignone, en Messina. Pero hoy, las dos congregaciones religiosas que él fundó y toda la Iglesia están llamadas a proponer una cultura del cuidado y la compasión, para enfrentar diversos desafíos sociales y globales, redefiniendo la pastoral rogacionista en la evangelización y la promoción humana y cultural, en ámbitos cada vez más diferenciados, definidos como ámbitos de pobreza y marginación, que van desde las parroquias, los centros culturales y pastorales, las comunidades de acogida para menores en situación de dificultad, en numerosas y diversas obras de acogida y rehabilitación, y, no menos importante, a través de revistas y publicaciones adecuadas para promover en la sociedad y en la Iglesia de hoy los ideales y la vigencia del carisma rogacionista.

La Iglesia católica hoy y los numerosos desafíos que debe enfrentar

Hoy en día, muchos se preguntan sobre las transformaciones que están ocurriendo en la Iglesia y tratan de comprender *cómo* y *si* la fe católica y la tradición eclesiástica siguen formando parte e influyendo en la vida de las personas. Aunque el Concilio Vaticano II hizo mucho por renovar y revitalizar a la Iglesia, esta se enfrenta hoy a numerosos desafíos.

Uno de estos desafíos es la escasez de sacerdotes, a medida que muchos de los que hasta ahora estaban en activo alcanzan la edad de jubilación y las nuevas vocaciones al ministerio ordenado disminuyen en casi todas las regiones del mundo.

La relación entre la Iglesia católica y la sociedad contemporánea está cambiando profundamente, influenciada por la secularización, el progreso científico y unas expectativas sociales cada vez más nuevas y diversificadas.

En las últimas décadas, la secularización ha llevado a una parte de la población, especialmente en los países occidentales, hacia una creciente indiferencia religiosa, lo que ha impulsado a muchas personas a vivir su propia espiritualidad, más personal y menos institucionalizada.

A pesar de la creciente indiferencia hacia la práctica religiosa, la Iglesia católica sigue siendo una voz moral significativa en diversos ámbitos de la vida pública, desde la bioética hasta la justicia social. Estudios recientes ponen de manifiesto que el compromiso de la **Iglesia** católica a favor de los derechos humanos y la solidaridad internacional sigue gozando de un amplio apoyo, incluso entre quienes no se consideran católicos practicantes.

Quizás, uno de los mayores desafíos para la Iglesia católica es su relación con los jóvenes, muchos de los cuales tienden cada vez más a alejarse de las prácticas religiosas institucionalizadas. Parecen cada vez más recelosos hacia las instituciones religiosas, que a menudo perciben como rígidas o alejadas de la realidad cotidiana. Sin embargo, también hay muchos jóvenes que muestran una gran apertura hacia las cuestiones éticas y espirituales, aunque no necesariamente dentro de un marco católico.

De hecho, los jóvenes de hoy desean una Iglesia católica más inclusiva y abierta al diálogo, especialmente en temas como la identidad de género, la sexualidad y los derechos civiles.

El futuro de la Iglesia católica en las sociedades modernas dependerá de su capacidad para adaptarse y responder a las necesidades espirituales, ético-morales e intelectuales de un mundo en el que la fe, para muchos, es solo una elección personal, y ya no una tradición impuesta. Queda por ver cómo la Iglesia católica sabrá enfrentar los nuevos desafíos y seguirá teniendo clara la visión del Evangelio, buscando presentarse como una presencia significativa en la vida de creyentes y no creyentes.

La Iglesia hoy necesita sacerdotes que sean guías espirituales de la comunidad

El número de católicos en el mundo aumenta, pero el de sacerdotes disminuye. La crisis del sacerdocio, tal vez no solo numérica, es hoy una crisis de función, de rol, de compromiso pastoral. Quizás los sacerdotes de hoy se ven obligados a ser solo administradores de los servicios parroquiales y ya no encuentran tiempo para ser guías espirituales de la comunidad que se les ha confiado.

Sin embargo, nunca como hoy necesitamos sacerdotes inteligentes e innovadores, verdaderos guías espirituales. A la Iglesia le corresponde la tarea, nada fácil, de encontrar soluciones para la formación de los sacerdotes, comenzando por los seminarios, que ya no parecen convencer en este sentido.

Por eso, replantearse el papel de los sacerdotes y su condición de pastores y misioneros se convierte hoy en uno de los desafíos más importantes para la Iglesia del futuro.

Son varios los desafíos que habrá que enfrentar en el futuro cercano. Sin duda, una teología renovada y creativa, que explique y amplíe también el papel de la mujer en la Iglesia, llamada a ser cada vez más un hogar acogedor, capaz de dialogar con una cultura cada vez más secularizada y fragmentada.

Ante los desafíos de la modernidad, si realmente se quieren abordar los problemas en juego en materia de políticas familiares, moral sexual, la relación con las ciencias, es necesario que el mundo católico sea consciente de que ciertas soluciones ya no funcionan hoy en día y se requiere que el magisterio demuestre su capacidad para erigirse como guía moral de la humanidad.

Se nos invita, pues, a preguntarnos si realmente, en la Iglesia italiana, se ha iniciado esa transformación necesaria para volver a poner el Evangelio en el centro, recuperar la alegría de la fe y enfrentar los desafíos presentes y futuros del cristianismo.

Se trata de pasar de una *pastoral de la conservación a una pastoral misionera* que debe centrarse « en lo esencial, en lo que es más bello, más grande, más atractivo y, al mismo tiempo, más necesario» (*Evangelii gaudium* 35). Y esto exige abandonar los criterios pastorales que solo buscan conservar la existencia, para «replantearnos los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de nuestras comunidades» (*Evangelii gaudium* 33).

Desde esta perspectiva, todos deberíamos repensar una nueva forma de transmitir la fe, que proponga un nuevo modelo de comunidad que ya no se centre en el ministerio del sacerdote, sino que sea capaz de una participación efectiva y responsable del laicado, de modo que la renovación pastoral pueda generar nuevos espacios para el anuncio del Evangelio y propuestas innovadoras para quienes están alejados e indiferentes a la fe.

El Papa Francisco escribía, entre otras cosas: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura

eclesial se conviertan en un canal adecuado para la evangelización del mundo actual, más que para la autoconservación » (EG 27).

Este sueño, sin embargo, exige una nueva forma de presencia eclesial en el territorio y, sobre todo, una nueva centralidad de la Palabra de Dios y una evangelización capaz de propiciar un encuentro vivo con Jesús.

El mundo católico y los numerosos desafíos actuales que hay que enfrentar

El mundo de hoy presenta muchos desafíos para los cristianos: el secularismo que reduce el espacio de lo sagrado y lo trascendente; la crisis ecológica que amenaza el futuro del planeta y de los pobres; las injusticias sociales que generan violencia y la desigualdad; las migraciones forzadas que ponen en peligro la dignidad y los derechos de las personas; el pluralismo religioso que exige respeto y diálogo.

¿Cómo debe reaccionar la Iglesia ante estos desafíos? ¿Cómo debe dar testimonio del Evangelio en la sociedad actual? ¿Cómo debe estar presente en el mundo sin ser del mundo?

La respuesta no puede ser el aislamiento ni el miedo, sino la del apertura y la confianza. La Iglesia no puede encerrarse, sino que debe salir al encuentro de las personas, de sus preguntas, de sus necesidades, de sus aspiraciones. La Iglesia no puede ignorar ni condenar al mundo, sino que debe iluminarlo con la luz de Cristo, quien es el camino, la verdad y la vida.

Para ello, la Iglesia necesita dos actitudes fundamentales: la escucha y el discernimiento. La escucha es la capacidad de prestar atención a la realidad con una mirada empática y compasiva. El discernimiento es la capacidad de reconocer los signos de los tiempos con una mirada profética y sabia.

La escucha implica el diálogo con otras religiones, otras culturas, otras ciencias y otras experiencias humanas. La escucha implica acoger a los más desfavorecidos y marginados como hermanos y hermanas a quienes amar y servir. El discernimiento implica el valor de anunciar el Evangelio con fidelidad y creatividad.

Otro desafío no menos importante: la promoción de las vocaciones a la vida consagrada

El número de vocaciones ha disminuido en muchas partes del mundo. Cada vez son menos los jóvenes que eligen el sacerdocio y la vida religiosa. Más allá de las cifras, el desafío se extiende también al mantenimiento de la calidad de las vocaciones que solicitan formar parte de una Congregación y a la comprensión de lo que atrae y sostiene una vocación en el mundo actual.

También debe destacarse el papel de los promotores vocacionales. Para suscitar vocaciones, debe proponerse un encuentro personal a través del testimonio, las relaciones y la oración. Cada sacerdote y religioso es un promotor vocacional por la forma en que vive su vida y está dispuesto a compartir tiempo con los jóvenes y ayudarlos a discernir si Dios los está llamando a la vida sacerdotal o religiosa.

En este contexto, un tema siempre importante y necesario es el de promover una cultura de la promoción vocacional que vaya mucho más allá del simple trabajo de los promotores vocacionales.

Una cultura de promoción vocacional invita a cada religioso y religiosa a asumir la responsabilidad personal necesaria mediante la oración diaria por las vocaciones, la disposición a acoger a los jóvenes en nuestras comunidades y el testimonio de una vida que los inspire y los atraiga.

Sabemos bien que todas las vocaciones dependen de Dios, quien llama a los jóvenes a tomar decisiones personales, incluso en la elección de la congregación de su preferencia. Al reconocer nuestra dependencia de esta gracia , uno de nuestros deseos más importantes deberá ser el de comprometernos en la oración diaria por las vocaciones.

La Iglesia italiana es consciente de que la promoción de las vocaciones es una tarea esencial de su acción pastoral y de que el persistente estado de crisis de las vocaciones de consagración especial representa uno de los principales problemas de nuestros días.

A la vista de todos está la continua disminución de las vocaciones a la vida religiosa, especialmente entre las mujeres. Este fenómeno sigue siendo grave, pues remite a un problema aún más preocupante: la crisis de fe y la profunda crisis de conciencia vocacional que ha madurado en nuestros tiempos, evidente tanto en el ámbito de la cultura y las costumbres de nuestra sociedad, como también en nuestras comunidades cristianas.

Parece que nuestra vida cotidiana se aleja cada vez más de la conciencia de estar llamados a la construcción del reino de Dios y que las personas viven cada vez más al margen de esa vocación universal a la santidad a la que Dios llama a todos.

Un desafío que no debemos pasar por alto: la necesidad de la oración por las vocaciones

El Evangelio narra que un día Jesús vio a las multitudes que estaban cansadas y desorientadas «*… como ovejas que no tienen pastor*» (*Mt* 9,36). ¿No es acaso, en varios aspectos, también la situación actual? Pues bien, Jesús, para responder a la grave necesidad de una guía ejemplar y segura que señale el verdadero camino de la vida, y de la vida eterna, ¿qué propone?

Estas son sus palabras: «*¡La cosecha es abundante, pero los obreros son pocos! ¡Rogad, pues, al Señor de la cosecha, para que envíe obreros a su cosecha!*» (*Mt* 9,37-38).

Estas palabras de Jesús se comprenden a la luz de la fe, que nos hace percibir las necesidades más graves y urgentes, que son las del Reino de Dios.

Orar al Señor de la cosecha por las vocaciones surge de una visión de fe; surge del deseo de que venga el Reino de Dios. La oración por las vocaciones mide el nivel de fe de una comunidad, ya sea religiosa o parroquial.

En varias ocasiones, el mismo Jesús nos dio el ejemplo; así fue en la elección de los apóstoles: «Jesús subió al monte a orar y pasó toda la noche orando a Dios. Al amanecer, reunió a sus discípulos; escogió a doce y les dio el nombre de apóstoles».

La oración por las vocaciones es un hecho sumamente significativo que subraya el origen divino de la vocación y su importancia para la misión de la Iglesia.

Nuestra oración por las vocaciones no debe considerarse como una preocupación por el crecimiento o la expansión de nuestra propia Congregación religiosa, sino como una respuesta a la invitación explícita del Señor, y la asunción convencida, gozosa y sacrificada de la misión encomendada por el Espíritu a nuestro Fundador como un don apostólico para toda la Iglesia.

El «Rogate», por su propia naturaleza, se dirige a la Iglesia universal

La oración por las vocaciones es, por su propia naturaleza, mucho más amplia que el crecimiento de un carisma: se dirige a todos los obreros de la Iglesia.

Sabemos que nuestro Fundador quiso como finalidad peculiar de nuestra Congregación el compromiso constante con todas las vocaciones.

Recordemos que le regalamos un gran tesoro a la Iglesia cuando procuramos una buena vocación; ya sea que esta vocación vaya a una diócesis, a las misiones o a una casa religiosa, no importa; siempre es un gran tesoro que se le regala a la Iglesia de Jesucristo.

La vida cristiana, como sabemos, es un llamado a seguir a Cristo, a vivir de acuerdo con su Evangelio y a ser testigos de su amor para el mundo. Cada uno tiene su propia vocación específica, un llamado único e irrepetible que lo invita a seguir al Señor de una manera particular.

La oración por las vocaciones es una petición dirigida a Dios para que ilumine nuestro corazón y nos permita descubrir la vocación a la que hemos sido llamados. Esto significa que cada uno de nosotros tiene una tarea específica dentro de la Iglesia y de la sociedad en general, y esta oración nos ayuda a reconocerla y a valorarla.

Todos estamos llamados a servir a Dios y a los demás de una manera única y personal, poniéndonos a disposición de Dios para que Él pueda utilizarnos como instrumentos de su amor.

Nuestra tarea es también acompañar a todas aquellas personas que se encuentran en un camino de búsqueda de su propia vocación, ayudarlas a interpretar su propia vida como una respuesta a Alguien que llama.

Lo que intentamos hacer es, además, en un sentido más amplio, promover lo que llamamos la «cultura vocacional», es decir, esa forma de interpretar la propia vida como respuesta a la vida misma. Esa forma de interpretar la propia vida como respuesta, ante todo, a nuestra existencia, pero también como una misión, como una responsabilidad que Dios nos ha confiado.

También en su última exhortación «Christus vivit», el Papa Francisco se refería a la vocación como un llamado a la amistad con Jesús que se concreta en el servicio misionero hacia los demás. Los jóvenes a veces hacen oídos sordos a este llamado. ¿Por qué?

Creo que el llamado siempre está ahí, como también dice el Papa; el Señor nunca ha dejado de llamar.

«Quizás, como Iglesia, necesitamos —y creo que también es nuestra tarea— brindarles a los jóvenes, por un lado, las herramientas para poder captar esta llamada y, por otro, experimentar también con lenguajes que ellos puedan entender. En ese sentido, parece necesario revisar también la forma en que hablamos de la vocación, cómo la proponemos, y descubrir que tal vez algunos lenguajes que nos son propios, algunas imágenes que nos resultan familiares, pueden no serlo para la generación actual. Nos corresponde a nosotros mediar en este encuentro entre Jesús y los jóvenes, y en general con el ser humano, a quien Dios quiere dirigirse» .

Es necesario que cada Iglesia local se vuelva cada vez más sensible y atenta a la pastoral vocacional, educando en los distintos niveles —familiar, parroquial, asociativo— sobre todo a los niños, las niñas y los jóvenes, a madurar una amistad genuina y afectuosa con el Señor, cultivada en la oración personal y litúrgica; a aprender a escuchar con atención y de manera fructífera la Palabra de Dios,

mediante una familiaridad cada vez mayor con las Sagradas Escrituras; a comprender que entrar en la voluntad de Dios no anula ni destruye a la persona, sino que permite descubrir y seguir la verdad más profunda sobre uno mismo; a vivir la gratuidad y la fraternidad en las relaciones con los demás, porque solo abriéndose al amor de Dios se encuentra la verdadera alegría y la plena realización de las propias aspiraciones.

San 'Annibale María Di Francia y los desafíos actuales en la Iglesia

Atormentado por la idea de que en el mundo había millones y millones de personas necesitadas de pan material y espiritual, afligido por la escasez de almas generosas que se dedicaran a su salvación espiritual y material, encontró la respuesta en el mandato de Jesús: «Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies», convencido de que las vocaciones de los nuevos apóstoles son un don de Dios y fruto de la oración. Ya desde entonces, consideró como obreros de la mies no solo a los sacerdotes y a los consagrados, sino también a todos aquellos llamados a comprometerse en actividades en beneficio del prójimo, tanto en la Iglesia como en la sociedad: padres, maestros, gobernantes.

El Rogate (la oración por las vocaciones) se convirtió en el programa de su vida, «idea-recurso y obsesión» para todas sus obras. Atraídos por su carisma, hombres y mujeres se unieron a él. El padre Annibale fundó las dos congregaciones de las Hijas del Divino Celo (1887) y de los Rogacionistas (1897), que expresan mediante un cuarto voto el compromiso de orar y actuar en actividades específicas en favor de las vocaciones, con centros de espiritualidad, de discernimiento y de promoción vocacional, así como con actividades editoriales y seminarios.

Di Francia, al comprometerse y comprometer a otros con la oración por las vocaciones, busca hacer comprender que quien le pide al Señor que provea a su Iglesia de obreros para la cosecha, no solo pide que sean numerosos, sino sobre todo que sean santos. Además, da a entender que quien ora por las vocaciones debe ponerse personalmente a escuchar a Dios que llama, listo para decir: "Aquí estoy, Señor; si quieres, envíame a mí".

La experiencia espiritual del padre Annibale y su misión especial son compartidas hoy también por numerosos laicos, hombres y mujeres, que se comprometen a vivir el espíritu del "Rogate" en la Iglesia, ya sea de manera individual o en asociación. Entre las diversas asociaciones laicas se encuentra la de las Misioneras Rogacionistas, integrada por mujeres que viven la consagración en el mundo a través de la profesión de los consejos evangélicos y del cuarto voto del Rogate.

Quien ora por las vocaciones debe sentirse y ser obrero en la mies del Señor

San Aníbal María, llamado con razón «verdadero padre de los huérfanos y de los pobres», quiso que los miembros de los institutos que él fundó expresaran concretamente su compromiso con las vocaciones convirtiéndose ellos mismos en obreros de la mies, preferentemente en favor de los pequeños y los pobres, en todas las actividades posibles de caridad espiritual y material: orfanatos, escuelas, institutos profesionales, centros para personas con discapacidad.

Él, a pesar de ser un hombre de acción, vivió un ejercicio cada vez mayor y heroico de todas las virtudes cristianas, que canalizaba en el celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. Enamorado a su vez de Cristo, su lema y su exhortación eran: Enamórense de Jesucristo.

¡Oren! Para él, la pastoral vocacional comienza con la oración y a través de la oración, porque es la oración la que pone de manifiesto lo esencial y permite intuir el unum necessarium.

La oración es el camino natural de la búsqueda vocacional, el lugar privilegiado para el discernimiento vocacional. Toda vocación, cualquier vocación, nace de los espacios de una oración suplicante, paciente y confiada; sostenida no por la exigencia de una respuesta inmediata, sino por la certeza o la esperanza de que la súplica no puede dejar de ser escuchada, y hará que, a su debido tiempo, quien invoca descubra su vocación (cf. Nuevas vocaciones, n. 35d).

Al llegar a la conclusión, quisiera agregar algunas expresiones significativas conservadas en los escritos de San Aníbal*: «Para que la oración sea eficaz, debe ir acompañada de nuestra cooperación para obtener aquello por lo que oramos. Una oración sin cooperación es imperfecta e ineficaz. Así, la oración, al unirla con la obra, se vuelve eficaz. Y la meditación impulsa a orar y a cooperar. Deben orar para conseguir buenos obreros para la Iglesia, pero al mismo tiempo deben trabajar con ese fin»*.

En otra ocasión escribía: *«Los pobres abandonados tienen gran necesidad de ser evangelizados. Evangelizar a los pobres sin socorrerlos es una labor incompleta. Hay que unir una cosa con la otra. Que nunca falte este espíritu de doble caridad». Creo que no me alejo mucho de la verdad al afirmar que este arraigo en la «doble caridad» es un elemento determinante del carisma de San Aníbal María Di Francia.* (Monseñor Marcello Semeraro)

Aníbal María Di Francia hizo suyo el imperativo evangélico del «Rogate» y hoy todos podemos constatar cuánto y cómo, en esta aspiración fundamental de su vida, fue una voz profética para la Iglesia de nuestro tiempo. Así lo reconoció Juan Pablo II cuando, al día siguiente de su beatificación, ocurrida el 7 de octubre de 1990, lo describió como un auténtico precursor y maestro celoso de la pastoral vocacional moderna.

La Jornada Mundial de Oración por las vocaciones en la Iglesia

La Jornada representa una oportunidad valiosa para redescubrir y apoyar todas las vocaciones en la Iglesia: al sacerdocio, a la vida consagrada, a la misión, al matrimonio y a la vida familiar, así como al compromiso cotidiano de los laicos en la sociedad. Cada vocación es un signo de la presencia viva de Dios y contribuye a la edificación de la comunidad cristiana.

La Iglesia católica depende de manera significativa, para su vida cotidiana, de sus ministros consagrados y también de sus religiosos y religiosas, quienes en los últimos siglos han contribuido tan firmemente al desarrollo de la misión y de las obras católicas en el mundo. ¿Cómo entender el declive de las vocaciones, al menos en las tierras de antigua tradición católica?

Nosotros también estamos justamente preocupados, ya que muchos de nuestros sacerdotes están envejeciendo y las nuevas ordenaciones siguen siendo muy pocas.

No podemos negar que hay una crisis. ¿Por qué? Los jóvenes de hoy temen asumir compromisos a largo plazo. Este miedo a asumir riesgos ante un futuro aparentemente incierto. Los jóvenes atrapados en una cultura de gratificación inmediata e intereses fugaces no tienen prisa por casarse, y mucho menos por ingresar al seminario o al convento.

A pesar de que la sabiduría convencional sostiene lo contrario, la escasez de sacerdotes no es resultado del celibato, sino de una crisis de fe y del cierre de la ventana de la mente humana hacia lo infinito o lo trascendente. El deseo de convertirse en sacerdote se nutre esencialmente de la intimidad con el Señor, en una relación verdaderamente personal, que se expresa sobre todo en el deseo de estar con Él.

Los sacerdotes no solo deberían invitar a los jóvenes a considerar la vocación al sacerdocio, sino también atraerlos con su integridad y alegría sacerdotal. Los padres también deberían estar dispuestos a alentar a sus hijos si desean discernir una vocación al sacerdocio o a la vida consagrada. Al mismo tiempo, también los maestros, e incluso los simples católicos, cuando vean a un joven particularmente prometedor, deberían alentarlo a pensar en dedicar su vida al servicio de Dios.

Vivir el Plan de Dios

sembrar esperanza y construir la paz

"*La Jornada Mundial de las Vocaciones nos invita a reflexionar sobre el precioso don de la llamada que el Señor nos dirige a cada uno de nosotros para que podamos participar en su plan de amor y encarnar la belleza del Evangelio en los distintos estados de vida: la vida de pareja, la vida consagrada, la vida sacerdotal: una vida entregada con y por amor a Jesús y a los hermanos*" (véase el Mensaje del Papa Francisco para la 61.ª Jornada Mundial de las Vocaciones).

En nuestros días, muchos jóvenes se sienten desorientados ante el futuro. A menudo experimentan incertidumbre respecto a las perspectivas laborales y, en lo más profundo, una crisis de identidad que es una crisis de sentido y de valores, y que la confusión digital hace aún más difícil de superar. Las injusticias hacia los débiles y los pobres, la indiferencia de un bienestar egoísta y la violencia de la guerra amenazan los proyectos de una vida buena que cultivan en su alma. Sin embargo, el Señor, que conoce el corazón del hombre, no los abandona en la inseguridad; al contrario, quiere despertar en cada uno la conciencia de ser amado, llamado y enviado como peregrino de la esperanza.

La Iglesia necesita pastores, religiosos, misioneros y matrimonios que sepan decir «sí» al Señor con confianza y esperanza. La vocación nunca es un tesoro que permanece encerrado en el corazón, sino que crece y se fortalece en la comunidad que cree, ama y espera. Y como nadie puede responder por sí solo a la llamada de Dios, todos necesitamos la oración y el apoyo de nuestros hermanos y hermanas, (Del Mensaje de la Jornada Mundial de la Juventud 2025).

La disminución del número de miembros obliga a los religiosos que quedan a asumir cargas de trabajo pesadas

Las congregaciones religiosas enfrentan hoy la crisis vocacional mediante una profunda reestructuración de su presencia, replanteándose la gestión del patrimonio, el relevo generacional y su papel pastoral en la sociedad contemporánea.

Muchos institutos presentan una edad promedio muy elevada, con un número reducido o nulo de miembros menores de 60 años y una prevalencia de fallecimientos y salidas en comparación con las nuevas incorporaciones. Los edificios y los grandes conventos suelen resultar demasiado amplios, vetustos e insostenibles tanto desde el punto de vista económico como para las necesidades reales de vivienda y pastorales de las comunidades. La disminución del número de miembros obliga a los religiosos que quedan a asumir cargas cargas laborales pesadas, con el riesgo de generar cansancio, sobre todo entre los más jóvenes. El cambio en los valores sociales, junto con las consecuencias de imagen y morales relacionadas con la crisis de los abusos, ha minado la confianza y la visibilidad tradicional del carisma consagrado.

Las congregaciones religiosas están atravesando un período complejo, que sacude profundamente prácticas y costumbres arraigadas desde hace siglos. Al cruzar diversas investigaciones y análisis, se observa que, en el plazo de veinte años, existe el riesgo de que la gran mayoría de los edificios

religiosos queden vacíos. De hecho, muchos ya lo están, con miles de casas religiosas y monasterios cerrados en Italia en los últimos cuarenta años.

CONCLUSIÓN

Hemos intentado realizar un análisis del problema vocacional juvenil en términos predominantemente socioculturales. Sin embargo, es necesario admitir que este intento resulta parcial, no solo en relación con los datos disponibles o con la validez de la interpretación ofrecida, sino sobre todo en relación con el tema misterioso de la vocación, en cuyo análisis siempre se nos escapará una variable que no está sujeta a las competencias humanas, aquella que responde a los impulsos impredecibles del Espíritu.

Sin embargo, en lo que a nosotros respecta, podemos extraer de estos datos un estímulo para replantearnos de manera más realista nuestras iniciativas de promoción vocacional, de modo que respondan más adecuadamente a la situación de los jóvenes de hoy, insertados en un contexto social y eclesial en profunda evolución.

Los Rogacionistas y las Hermanas del Divino Celo sentirán como una exigencia particular de su misión específica en la Iglesia el celo misionero del Corazón de Cristo, quien dijo a sus discípulos: «Oren y vayan». Se sentirán enviados por el Padre Celestial para la difusión del divino Rogate con el fin de extender el Reino de Dios en la tierra.

Por eso, con gran espíritu de celo, se proponen, como compromiso de su apostolado, la evangelización también en las tierras de misión, según el carácter propio de su Instituto. *(Constituciones de los Rogacionistas).*

Desde el punto de vista socio-religioso, nuestro país parece estar inmerso en un profundo y rápido proceso de secularización, entendido como una crisis de lo sagrado tradicional y la búsqueda de una nueva religiosidad. La secularización no es sinónimo de irreligión, sino un proceso que implica cambios en la escala de valores, en la visión de la vida y en los modelos de comportamiento que han surgido con la transformación de las estructuras e instituciones.

En lo que respecta a los valores vocacionales, observamos reacciones bastante similares, ya sea en el caso de la vocación sacerdotal o de la religiosa. En general, existe una tendencia a rehuir las estructuras «cerradas» del seminario. El sacerdocio «atrae» mucho menos que antes, tal vez porque ya no ofrece seguridad ni prestigio. En cuanto a la vida religiosa, se puede constatar que —en general— son más numerosos los motivos de desinterés que de interés.

Quizás deberíamos redescubrir en nuestro interior lo que parece atraer a los jóvenes de hoy hacia la vida religiosa: el deseo de vivir una vida totalmente inspirada en el Evangelio, siguiendo a Cristo sobre todo en algunos aspectos que hoy se viven con especial intensidad: el amor, la pobreza, el servicio, el trabajo por el Reino; la esperanza de que las estructuras renovadas de la vida religiosa ofrezcan posibilidades de autorrealización, flexibilidad en el compromiso y creatividad personal.

Padre Adamo Calò, RCJ



Manda, o Signore,
apostoli santi
nella tua Chiesa!

rcj.org | figliedivinozelo.it